



XV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO*

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del comentario

Lecturas: Amós 7,12-15; Efesios 1,3-14, Marcos 6,7-13

El evangelio de Marcos continúa mostrando cómo Jesús va diseñando la identidad y la misión de sus discípulos. Comenzó con el llamado a los pescadores Pedro y Andrés, Santiago y Juan: “vengan conmigo y los haré llegar a ser pescadores de hombres” (1,16-20). Luego se dirige al recaudador de impuestos Leví: “sígueme” (2,14); prosigue con la elección de los Doce precisando su condición y su tarea: “para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (3, 14). Ya se ha consignado también la forma como se va concretando: “sus discípulos le siguen” (6,1). La expresión “seguir, “seguimiento” se fue cargando de sentido: caminar detrás, cerca, tomándolo como referente de sentido para las grandes opciones y para las actitudes cotidianas. Ahora ha llegado el momento de hacer una primera experiencia práctica de “misión”: “y comenzó a enviarlos de dos en dos”. Por el momento no se hace mucha precisión de lo que tienen que hacer. En el momento de la “elección de los Doce” se había indicado: “para enviarlos a predicar con poder para expulsar los demonios”. En las palabras finales del evangelio, el Resucitado claramente les ordenará: “vayan por todo el mundo y proclamen la Buena Nueva a toda la creación” (16,15).

Según parece, la identidad y misión de los discípulos se desarrolla en un doble registro, que mutuamente se reclama: adhesión a la persona de Jesús, que se concreta en el seguimiento, y el anuncio del evangelio, que implica confrontación -según la manera de pensar de la época- con los demonios o espíritus inmundos. Es decir, la vocación al seguimiento conlleva inseparablemente la misión evangelizadora situada en la realidad histórica de cada tiempo. Lo entendió y formuló bien Aparecida en la expresión: “discípulos y misioneros”, o mejor aún: “discípulos misioneros”. En realidad, se trata de prolongar y actualizar en cada época y lugar lo que Jesús realizó en su tiempo. Según los primeros capítulos de Marcos: anunciar el Reino de Dios, sanando y expulsando los demonios, que enfermaban y enloquecían a la gente. Hoy –podríamos

* Ciclo A

decir- las mentalidades individualistas, la búsqueda de éxito rápido, de dinero y de poder sin tener en cuenta y a costa de los más vulnerables. Todo eso excluye, margina, finalmente mata, como señala con vigor y claridad Francisco.

Los envió “de dos en dos”. Algo quiere decir: la misión evangelizadora, aunque es vocación de todo discípulo, constituye fundamentalmente una tarea comunitaria, responsabilidad eclesial. Es importante el compromiso personal, pero se reclama el testimonio de toda la comunidad. Pero lo que más llama la atención en las palabras del envío, aunque no siempre sean las más tomadas en cuenta, es la exigencia de un estilo sencillo, sin signos externos de poder, simplemente confiando en la fuerza misma del mensaje que se anuncia y en el Señor que envía.

Así los discípulos lo habían visto y aprendido de Jesús y así parece que lo hicieron: “predicaron...expulsaban a muchos demonios... y curaban a muchos enfermos”. ¿Cómo asumir hoy nuestra vocación de discípulas y discípulos conjugando esa dimensión de adhesión personal a Jesús y la dimensión misionera de anunciar el evangelio en nuestra peculiar manera de estar presentes en la sociedad? Predicar en primer lugar con el testimonio. En Jesús seguramente resultó más interpelante que sus palabras, su testimonio personal de acoger, relacionarse y sanar a los insignificantes y despreciados religiosa y socialmente. Hoy se reconocería en la práctica de una actitud solidaria y liberadora, rompiendo esquemas tradicionales de discriminación e indiferencia; expulsando los demonios de nuestra época: mentalidades, que se han impuesto y se han manifestado en este último tiempo de manera alarmante y escandalosa. Hoy prevalece el individualismo egoísta, la competencia y la búsqueda del éxito individual a costa de olvidos, desprecios y marginaciones. El encargo de Jesús hemos de llevarlo a cabo sanando con nuevas formas de solidaridad las heridas y traumas de la pobreza y del hambre, con las secuelas, a veces silenciosas pero graves, en la salud mental. Sólo ese testimonio podrá abrir espacio y acogida a la Buena Nueva que inspira esas prácticas.

En las advertencias que en el envío hace a los discípulos, Jesús, con gran realismo, y alertado por su propia experiencia, cuenta con la posibilidad del rechazo: “si algún lugar no los recibe...”. Ya en Nazaret había advertido: “Un profeta solo en su patria... carece de prestigio” (6,4). Forma parte de la tradición del profeta enviado por Dios cuya misión es el anuncio y la denuncia. No a todos cae bien. Precisamente fue el caso de Amós, profeta del siglo VIII en Israel, sumamente crítico y duro en su manera de expresarse frente a los poderosos y en defensa de la vida de los pobres, como lo recuerda la primera lectura. Generalmente no es el éxito y la acogida favorable lo que caracteriza al verdadero profeta, más bien la resistencia y el rechazo. Pero su temple y perseverancia radican en que se reconoce profeta, no por iniciativa personal, sino porque ha sido llamado por Dios: “Yahvé me tomó de detrás del rebaño, y Yahvé me dijo: ‘Ve y profetiza a mi pueblo Israel’”. Jesús con frecuencia lo explicita con la referencia a “Aquel que me ha enviado”. Es esta conciencia, interiorizada y orante, de haber sido enviado la que sostiene al profeta en su caminar, muchas veces incomprendido y hostilizado. En la Iglesia latinoamericana abundan los ejemplos numerosos de nuestros profetas (laicas y laicos, religiosos y obispos) resistidos y perseguidos hasta la muerte.

La segunda lectura introduce la carta a los Efesios, de gran hondura teológica, que se irá leyendo en los domingos siguientes. Tras un muy breve saludo, el texto que hoy se nos propone, es una extensa oración de alabanza a “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” por la bendición, elección y salvación que nos ha otorgado “para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo”. Es como una síntesis apretada del “misterio de su voluntad” realizado en la plenitud de los tiempos: “hacer que todo tenga a Cristo por cabeza”. En este misterio hemos sido incorporados “tras haber oído la Palabra de la verdad, el Evangelio de su salvación y creído en él”. Y en él “sellados con el Espíritu Santo de la promesa”. Una formulación trinitaria y cristocéntrica del misterio de la salvación al que hemos sido llamados en absoluta gratuidad, desde “antes de la creación del mundo”. Oración de alabanza y acción de gracias, que se nos invita a meditar y prolongar, para reconocer y vivir con plenitud y alegría la vocación de hijos de Dios a la que hemos sido llamados. A nosotros, en Cristo, se nos ha revelado gratuitamente; pero, si recordamos el envío evangelizador que nos encargó Jesús, es para que, viviendo como “hijos”, lo anunciemos también gratuitamente en la práctica de la fraternidad y de la sororidad. La identidad cristiana radica en este haber sido constituidos hijos e hijas muy amados del “Padre de nuestro Señor Jesucristo”.

En los textos de Pablo encontramos oraciones de reconocimiento y alabanza, sin duda inspiradas en la memoria que la comunidad mantiene de lo que habían visto y aprendido en Jesús. Sin esta oración de alabanza y agradecimiento la experiencia gozosa de sentirnos amados y constituidos hijas e hijos, se empobrece y agosta. La espiritualidad cristiana, tal como la plantea Jesús, antes de formularse como una exigencia hay que vivirla como una experiencia de felicidad y plenitud. Así lo presenta reiteradamente en la proclamación y programa del sermón del monte: “Felices... felices... felices...” (Mt. 5,3-10). Y, -leamos sin recortes-, siguiendo el testimonio de Jesús, esa felicidad ha de mostrarse preferencialmente en reconocer a los pobres y postergados socialmente como personas igualmente queridas por el Padre, dignas por tanto de iguales derechos y reconocimiento. La densidad teológica del texto leído hemos de traducirla en la densidad histórica del compromiso de justicia y fraternidad. De ese modo se hará verdad “que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra”. En ese doble registro se ha de conjugar hoy la unidad de la vocación cristiana. Ardua vocación y tarea, que la doliente realidad actual demanda de la comunidad cristiana.